

METODOLOGIA

SEMINARIOS DIDACTICOS Y DIDACTICA

Por el DR. LUIS GARCIA Y GARCIA DE CASTRO
(Inspector de Enseñanza Media del Estado)

DESPUES de las dos últimas guerras mundiales, una inexcusable renovación de escuelas y métodos se ha impuesto en la estructuración de la Enseñanza Media en Europa. Ya no nos sirve la cultura burguesa del siglo XIX. Las nuevas estructuras sociales demandan una formación científica, sí, pero también técnica y profesional; no hay que pensar ya exclusivamente en una orientación universitaria para nuestra juventud escolar. Está surgiendo por todas partes una nueva clase media que será la clave, no tardando mucho, de un orden social nuevo también. Todo esto exige que los encargados de la instrucción y educación de las generaciones de hoy señalen un nuevo rumbo a los principios y sistemas didácticos y pedagógicos. En Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica e Italia, por no hablar de otros países europeos, los Dewey, Kerschenteiner, Montessori y cuantos trabajan en las reuniones de Ginebra o en el Movimiento «Circoli della Didattica», de Italia, están tocando un poco a muerto sobre parte de los viejos métodos pedagógicos de la Enseñanza Media.

La corriente renovadora ha llegado también a nuestra patria, y con ella, el empeño y la necesidad de que este grado de enseñanza se extienda a todas las clases sociales del país. En los últimos años nos hemos asomado a otros horizontes y nos hemos dado cuenta de que es el hombre mismo la clave de la educación, y los métodos, el instrumento que aquél ha de manejar para llegar a un fin que, en el terreno de la técnica didáctica y educativa, sí que justifica los medios. El Papa Pio XI daba toda la importancia que tiene al primero, al decir en su Encíclica «Divini illius Magistri»: «Las buenas escuelas son fruto no tanto de las buenas ordenaciones cuanto, principalmente, de los buenos maestros».

En la era de lo social que vivimos, también la enseñanza deberá organizarse socialmente, es decir, solidariamente, en régimen de coordinación y armonía del Profesorado. Es condición indispensable para que la labor didáctica y pedagógica sea eficazmente formativa, en lo instructivo y en lo educativo. No se concibe una disparidad de criterios y de métodos ni en uno ni en otro aspecto entre el Profesorado de un Centro, cuya meta es la misma, cuyo ideal debe ser la formación integral de los jóvenes a él confiados. La unión hace la fuerza. La colaboración es el secreto del triunfo.

¡Ah!, pero cuando hablamos aquí de armonía, concordia, coordinación de mentes y métodos, inmediatamente viene al pensamiento nuestro individualismo, ese individualismo que tanto nos ha perjudicado muchas veces y que, en el campo de la enseñanza, ha llegado a formular un adagio curioso que a veces, en el terreno práctico, no es más que el disfraz de un feroz egoísmo, cuando no de la apatía o de la soberbia: «cada maestrillo tiene su librillo», es decir que, según esto, cada maestro tiene sus procedimientos, su método, su estilo, su táctica, su fórmula; y ese aislante posesivo «su» le desliga, le separa del compañero que, claro, siembra en el mismo surco, enseña en la misma aula y que forma a los mismos alumnos. Este vicio nacional es la causa de que entre nosotros tengan poco ambiente la Pedagogía y la Didáctica; tal vez fuera más justo y más optimista decir que no lo han tenido hasta ahora, porque la verdad es que vamos ganando puntos en este aspecto; pero no acabamos de renunciar a nuestra vocación, más de guerrilleros que de soldados encuadrados en una disciplina y en una obediencia. Frecuentemente —hemos de confesarlo— oímos hablar de Pedagogía con una sonrisa desdeñosa, a veces con escepticismo, frecuentemente con indiferencia. Es esa idiosincrasia nuestra, que a un español tan típico como Unamuno le llevó a hablar de «antipedagogía». No sería muy difícil ahondar un poco y hallar la causa de semejantes actitudes, pero no es éste hoy nuestro propósito.

Frente a esta postura, nosotros hemos de atender al bien común; el egocentrismo tiene que ser vencido por el sociocentrismo; el fruto de esta victoria lo recogerán, desde los primeros años de su formación, los muchachos de hoy, es decir, los hombres de mañana. Pensemos un momento en ellos.

Se ha definido la clase como «una comunidad de chicos que se quieren bien y que, bajo la guía de los Profesores, tienden a desarrollar su personalidad, a mejorarla a través de las materias de estudio».

Siguiendo un paralelismo de conceptos, nos atreveríamos a decir del Profesorado de un Centro que es «una comunidad de educadores que se quieren bien y que, bajo la guía de sus discípulos (que guía deben ser para nosotros), tienden a desarrollar la personalidad de éstos y a mejorarla a través de las materias de estudio». Bastaría encuadrarnos todos dentro de los términos de esta definición y con ello quedaría perfectamente cumplido nuestro quehacer docente.

Se impone, en consecuencia, unidad y armonía de métodos entre el Profesorado de la misma disciplina de un Centro; esa unidad, que quiere decir unificación, sería necesaria si nuestra misión no pasa de ser instructiva; lo es mucho más cuando pensamos que el Profesor de Enseñanza Media, al que tantos elogios tributara Marañón por la trascendencia de su cometido, es, al propio tiempo, educador. Nuestros Centros de Enseñanza Media tienen que formar, si quieren ser eficaces, una magna sinfonía, en la cual cada docente, cada educador, tocará el instrumento de su enseñanza y de sus métodos en sintonía con los compañeros. Las consecuencias de los esfuerzos aislados son siempre lamentables; son la desintegración y, por consiguiente, la muerte de la labor educativa que fue un día nuestra vocación, nuestra elección más tarde y siempre nuestro deber. Entonces habrá una víctima, el alumno que nos han confiado la familia y la sociedad, que será al mismo tiempo nuestro juez.

El laboratorio de esa unidad que defendemos, no contra enemigos, que no puede tenerlos, pero sí contra apatías, desganas e indiferencias, son los Seminarios didácticos de cada Centro, que vale tanto como decir los semilleros donde se han de cultivar primero las ideas, las normas, los procedimientos, para transplantarlos después a ese taller que es la clase, en el que se nos entregan mármoles que debemos convertir en estatuas con el cincel de nuestra laboriosidad y métodos coordinados.

Hoy están de moda los métodos activos en la Enseñanza Media. El dinámico adjetivo, que usó por primera vez el Profesor Pierre Bovet, de la Universidad de Ginebra, ha tenido éxito en muchos países. A la escuela del silencio o, si se quiere, del monólogo, ha sucedido la del diálogo, del activismo. En ella se activa la mente del alumno, haciéndola vivir, suprimiendo el memorismo estéril, facilitando la iniciativa personal, enseñando a aprender «haciendo». No se puede exigir al alumno un esfuerzo mental superior al que corresponde a su edad; éste tiene que ir progresando a lo largo del camino que va de lo concreto a lo abstracto, hasta llegar al razonamiento deductivo, al simbolismo matemático, a la norma gramatical. Esta ruta mental será asaltada en su avance por un mundo de afectos, pasiones y fantasía, que poco a poco transformará la personalidad del adolescente. Todo ello son problemas interesantes que se plantean a un Seminario didáctico bien organizado en orden a la revisión y renovación de métodos y doctrinas. Para entenderlos y resolverlos convenientemente, el Profesorado, los educadores, diríamos mejor, habrán de ser no sólo competentes en sus materias, sino también en los principios educativos de la moderna Pedagogía y Psicología, así como de la Didáctica. Pero éste es otro aspecto que no vamos a tratar aquí.

No se nos oculta que los nuevos métodos activos no sintonizan bien con la mentalidad, la práctica y la experiencia de los viejos maestros; sin embargo, si las nuevas generaciones bien formadas y con espíritu renovador se capacitan debidamente, en su contacto por medio de los Seminarios didácticos con educadores de otros tiempos, sabrán infundirles nuevos alientos y afanes; que, al fin y al cabo, eso es vitalidad, y no es fácil resignarse a morir, ni siquiera a la docencia.

A las autoridades ministeriales corresponde seleccionar debidamente la nueva generación de educadores; ellas conocen bien el procedimiento de hacerlo. Nuestros escolares necesitan a quienes tengan espíritu de equipo, savia joven que se canalice en los Seminarios, con optimismo y caudal de ideas, de experiencias y de resultados y, ¿por qué no?, de fracasos y desilusiones también, que todo ello forma la urdimbre de la Escuela y de la Vida.

Nadie tiene derecho a pensar, por lo que llevamos dicho, que está en nuestro ánimo augurar el éxito a este o al otro método. No pretendemos tampoco mecanizar al Profesor, al que siempre hay que dejar un margen de iniciativa, en beneficio suyo y del alumno. De lo que sí estamos convencidos es de que los métodos antiguos, en parte, ya no nos sirven hoy. En esto cada docente sabe muy bien lo que se refiere a su disciplina. Con ello queda señalada una tarea de Seminario: ¿Qué debe renovarse y qué conservarse de los métodos tradicionales de cada materia?

De todas maneras, nadie nos puede exigir que tengamos éxito en nuestras iniciativas, ni siquiera nuestra propia conciencia; ¡ah!, pero sí se nos exige con todo derecho el esfuerzo, el tesón, la solicitud por el mejoramiento de nuestras técnicas de enseñanza en beneficio

del bien común; y también la conjunción de afanes mediante el vínculo de una buena voluntad. La verdadera obra educadora consiste en tener una comunidad de ideales y de aspiraciones. Además, ¿hemos meditado seriamente el bien que nos hacemos a nosotros mismos cuando hacemos el bien?

Se ha dicho que el Maestro tiene que ser el «excubitor ingenii», y el Centro educativo el «excubitor voluntatis». Pues bien: entendemos que un Seminario didáctico bien orientado puede y debe ser las dos cosas a la vez. A ello contribuirán en gran manera los métodos activos, a que aludíamos anteriormente, de la *Didáctica moderna*, con los que el alumno progresa, «vires acquirit eundo», según la frase virgiliana, y se goza en su fortalecimiento intelectual y moral con la misma complacencia con que advierte su fortalecimiento físico.

Lo que no debemos hacer nunca —y creemos que esta indicación puede ser útil para la labor de los Seminarios y de los métodos activos— es tratar de suprimir el esfuerzo del alumno; cosa distinta es encauzarlo y dirigirlo. Si tenemos que formar hombres, han de entrenarse en el sacrificio del trabajo, en el vencimiento de factores externos y —lo que es más difícil— en el propio vencimiento. Si se procede de otro modo, corren el riesgo de los escolares que se están formando de llegar indefensos a los embates de la vida.

Bergson sostiene la teoría de que al alumno se le deben enseñar los métodos que conducen a los mejores resultados de sus estudios y de que no le será a aquél tan provechoso aprender como ser capaz de aprender. Es decir, que tenemos que enseñar ciencia, pero como ésta no basta, hay que enseñar también sabiduría, dos viejas palabras clásicas que expresan ambiciosos conceptos que comprenden la formación integral del hombre. Esta labor supone mucho espíritu, solicitud y esfuerzo en Profesores y alumnos para las pequeñas victorias en la lucha de cada día. André Maurois ha dicho bellamente que «el sacrificio del hombre que se es al hombre que se quiere ser, abre el camino de la salvación». No hay que dejarse abatir por el desaliento. «Possunt quia posse videntur», dijo Virgilio en un encendido encomio del poder de la voluntad.

Hace unos años, al terminar la segunda guerra mundial, humeantes aún los escombros de la catástrofe, se creó en Civitavecchia un Centro experimental de Enseñanza Media para la formación integral de los alumnos. El medio era difícil, difícilísimas las condiciones físicas, morales, psicológicas y económicas de las familias; por consiguiente, muy áspero el camino. Con el tesón del Profesorado y la labor de equipo, los resultados que se lograron al cabo de un solo año de experiencias y de trabajo bien organizado, a pesar de todo, fueron prometedores, según los datos que se publicaron. El aplauso en los medios pedagógicos fue unánime; era aquél el fruto de los buenos métodos y de los buenos educadores en trabajo armónico y coordinado.

Esto quiere decir, en consecuencia, que los Seminarios didácticos tampoco pueden encerrarse en su propio círculo, ni aislarse unos de otros, sino que tiene que haber, además de una coordinación jerarquizada entre sus miembros, una jerarquización coordinada, una conexión horizontal de los distintos Seminarios de un Centro e incluso de varios, cuando hay más de uno en la localidad.

Si se entiende que es tarea de los educadores la formación de los alumnos, en los Seminarios didácticos deberán estudiarse, concretamente, las causas del poco rendimiento de

tal alumno, las condiciones culturales y psíquicas que rodean su vida en el hogar y en el ambiente que le rodea, su desarrollo mental; así no se separará lo didáctico de lo psíquico y podrá adaptarse convenientemente la enseñanza a las aptitudes de los escolares. Si todos no son iguales, no se les deberá enseñar lo mismo a todos, ni, por tanto, exigirles por igual. El intercambio de estos datos con los componentes de otros Seminarios, más con los de materias afines, dará una visión exacta de los problemas que afectan al alumnado, especialmente a los que, por exceso o por defecto, no se encuadran en el marco normal del tipo medio. Por otra parte, el conocimiento de ellos debe ser la base sobre la que se asienten los métodos pedagógicos de las distintas disciplinas de la Enseñanza Media.

De otro lado, la distribución del trabajo de Seminario debería organizarse, a nuestro modo de ver, de tal manera que uno de sus miembros, el más calificado, llevase a las reuniones periódicas información científica y pedagógica de publicación de libros, artículos, experiencias de clase, medios auxiliares y resultados de trabajos y ensayos didácticos. La norma de sus inquietudes y afanes podría ser aquella que expresaba el Maestro don Pedro Puig Adam cuando decía: «Tended a ser un poco aprendices de todo para vuestro bien y, al menos, maestros en algo para bien de los demás».

En las visitas de Inspección didáctica que, por razón del cargo, hemos tenido que hacer recientemente, nos hemos dado cuenta de que hay en el Profesorado oficial vivos deseos de renovación y perfeccionamiento, y también de que carece de medios para realizarlos.

Toda esta labor es ardua, difícil, laboriosa. Nosotros no hacemos aquí sino señalar un ideal al que, si no todos, sí llegarán muchos de los Profesores de hoy y todos los de mañana. Podemos, pues, decir con optimismo que en nuestros Centros están abiertos los surcos en espera de la semilla que ha de dar sazonados frutos en el amplio campo de la Enseñanza Media española.

FRANCES FUNDAMENTAL VOCABULARIO BASICO

Contiene las palabras generalmente incluidas en los temas de Exámenes de Grado.

Para su más rápida y eficaz utilización por los alumnos, cada palabra francesa lleva su correspondiente traducción castellana. La versión lexical y gramatical ha corrido a cargo del Inspector de Enseñanza Media D. Luis Grandía Riba.

Los dos grados de la edición francesa han sido reunidos en un solo tomo, con un índice general.

Un volumen de más de 200 páginas: Ptas. 60,—

A los suscriptores de la Revista se hará un 25 por 100 de descuento. En pedidos de más de 50 ejemplares, un 30 por 100.

Pedidos a:

REVISTA "ENSEÑANZA MEDIA"

Atocha, 81, 2.º

MADRID-12